

Interpretación – Para marcar la diferencia intencionadamente.

Un comentario desde Galicia

Araceli Serantes (Boli). Universidade da Coruña

boli@udc.es

Aunque se publicó el pasado año, es probable que las personas asociadas a la AIP y los profesionales de la IP recordemos el 2015 como el año en que conseguimos por primera vez en castellano (y digo “primera” intencionadamente) el libro de Sam Ham *Interpretación – Para marcar la diferencia intencionadamente*. Un libro tan esperado como gratificante y provocador, fundamentalmente *provocador*.

El primer libro de Sam en castellano, *Interpretación ambiental – Una guía práctica para gente con grandes ideas y presupuestos pequeños*, fue el manual metodológico de referencia para iniciarnos e irnos especializando en la materia; un manual en el que se detallaba *cómo* diseñar, planificar y realizar distintos recursos interpretativos. En el prefacio original de este nuevo manual, el autor señala que también está centrado en el *cómo*, pero esta vez no es un “libro de recetas”, un libro metodológico, sino que hace el esfuerzo de sistematización teórica de *cómo* hacer las cosas para realmente *marcar la diferencia*. Por eso, definiría este libro como un manual con intencionalidad epistemológica[♦].

Creo que de forma no intencionada, Sam Ham presenta este libro como un debate epistemológico, en el que los protagonistas son David Larsen, con una posición *empirista* –puesto que adquirió sus “conocimientos” a través de la experiencia, en el Servicio de Parques Nacionales de

[♦] El término epistemología, muchas veces utilizado como sinónimo de “teoría del conocimiento”, hace referencia al conocimiento reflexivo frente a las creencias, a la creación de conocimiento científico, ya que relaciona nuevas perspectivas propias de otras ciencias o saberes; la finalidad última es el conocimiento genuino. En este caso, Sam Ham hace una aportación a la comunicación estratégica desde el ámbito de la psicología del conocimiento.

Estados Unidos– y él mismo, con una posición *racionalista* –acercándose a la IP desde la psicología con un enfoque científico transdisciplinar–. De alguna forma, este libro contempla las dos posiciones como una nueva posibilidad (o LA posibilidad) de hacer ciencia, a través del maridaje de las dos formas de conocimiento que nos llevan al saber único y compartido: “*en uno de nuestros últimos diálogos le confesé a David que estaba más impresionado de su trayecto que del mío propio, porque el mío necesitó todo el peso de la evidencia científica proporcionada por la investigación que estuve realizando durante años*” (Ibíd., XXIV). El autor deja abierto este debate y lo abre a toda la comunidad, haciendo más explícita esta invitación con las “reflexiones adicionales” al final de cada capítulo.

Hay libros que, como la buena IP, tienen *alma*. El alma del primer libro sería la *comunicación temática*; me gustó encontrar en la presentación del nuevo libro que el autor se siente deudor con Bill Lewis, al que considera introductor de este concepto. Me gusta la gente que sabe de dónde viene y no renuncia a sus raíces, tampoco a las intelectuales. En este nuevo texto, Sam buscó que el alma del libro fuese la *provocación de encuentros interpretativos*, esa provocación que genera pensamiento, significados, sentimientos y acción. No es un libro más sobre IP que intenta diferenciar una IP de calidad de una IP mediocre: es un libro para diferenciar la IP de otras formas de comunicación que no buscan provocar el pensamiento, ni revelar significados, ni invitar al compromiso y la participación.

De los tres modelos clásicos de comunicación (transmisivo, conductista y dialógico), este libro se podría encuadrar en un modelo conductista, al poner mayor énfasis en los

efectos, aunque apunta maneras hacia un modelo más dialógico, más centrado en el proceso, aunque aún alejado de las propuestas de Mario Kaplun, basadas en el diálogo, en los saberes de las personas que participan y en sus intereses.

Este nuevo manual está dirigido a un público experimentado, con cierta experiencia y madurez en el campo de la IP. En los distintos capítulos, Sam intenta poner luz a debates recurrentes, y para ello hace un envidiable despliegue de argumentos y referencias de carácter científico que ayudan a sentar bases comunes. Debates tan recurrentes, como cansinos, sobre “IP y educación formal” o sobre “audiencias cautivas” encuentran en este texto respuestas interesantes que ayudan a avanzar, al poner el foco en los “productos” interpretativos, en vez de hacerlo en los ámbitos o en las audiencias.

Desde el punto de vista formal, este texto está concebido como un manual, por lo que tiene una marcada vocación didáctica, que se ve reflejada en los numerosos ejemplos, en la abundancia de referencias para poder profundizar en distintos aspectos y en las interesantes “reflexiones adicionales” al final de cada capítulo.

Por su contenido, considero que el libro tiene dos partes bien diferenciadas: una primera parte centrada en la comunicación TORA que desarrolla en los cuatro primeros capítulos, y una segunda parte que es una magistral aportación desde la psicología a la interpretación, en la que introduce, aplica y desarrolla conceptos marcadamente psicológicos al ámbito de la comunicación estratégica de carácter temático. Personalmente la primera parte me pareció excesiva e incluso, a veces, tediosa; con la segunda parte disfruté enormemente, sorprendiéndome con los enfoques, las interpretaciones y las aplicaciones de teorías y términos hasta ahora ajenos al ámbito de la IP.

Los primeros capítulos abordan en profundidad el modelo TORA (la interpretación tiene un tema, es organizada, es relevante y es amena). Disecciona casi obsesivamente qué significa cada una de estas cuatro letras y los errores frecuentes que se comenten en los procesos de comunicación, denominándolos de forma tan creativa como significativa: *infortenimiento*, *interpretenimiento*, *educatenimiento*, *interpretandanda*... Los cuatro primeros capítulos pueden resultar disuasorios, tentando a abandonar la lectura (no he sido la única lectora a la que le ha sucedido), y creo que se debe a una cuestión cultural. La exposición de los argumentos tiene una secuencia de

pensamiento en “espiral” (parte de un concepto, desarrolla un argumento y concluye retomado el inicio, al que le suma un nuevo matiz, que desarrolla y concluye otra vez en el inicio, al que vuelve a añadir otro aspecto que desarrolla...), frente a las secuencias lineales en las que nos hemos “culturalizado” muchos latinos (partimos de una idea que desarrollamos y abandonamos con la conclusión, para adentrarnos en otra idea). Recomiendo que no se ceje en la lectura, que se lean los cuatro primeros capítulos, porque son fundamentales para disfrutar del resto del libro; también recomiendo que no se salte una parte cuando sienta que es reiterativo, porque en cada “vuelta” argumental hay interesantes aportaciones.

Los siguientes seis capítulos tienen una cadencia más lineal y más novedosa en cuanto a rescatar teorías y conceptos de otras disciplinas y aplicarlos al ámbito de la IP, aunque se aborden aspectos tratados en el primer manual (desarrollo secuencial del tema, tópico frente a tema, etc.). Conceptos teóricos novedosos como el “principio de compatibilidad” (pág. 86), las “zonas de tolerancia” (pág. 153) o el “empaquetado temático” (pág. 196). También me parece una provocación o una invitación a experimentar nuevas perspectivas: cambiar el tema del lado del intérprete al tema del lado de los resultados o de la audiencia, o su revisión crítica de la IP como instrumento de gestión (fundamentalmente de espacios naturales protegidos).

Para terminar, me gustaría resaltar el componente ético que introduce como propuesta de reflexión sobre la práctica, sobre la misión del patrocinador de la interpretación y sobre la profesión (pág. 166).

Sin duda, un libro para leer y releer muchas veces.

En nuestra asociación, la AIP, es frecuente escuchar que tenemos que hacer teoría “iberoamericana” de Interpretación del Patrimonio: lo he oído decir con rotundidad y convencimiento, y coincidido plenamente con esta opinión. En el prefacio a la versión en castellano (pág. XVII), Sam afirma que: *“algunos de los trabajos más importantes en el campo de la interpretación, en todo el mundo, tienen lugar en lengua castellana”*, por eso espero que este libro sea un revulsivo –una vez más, una *provocación*– para que pensemos sobre nuestra práctica, reflexionemos sobre nuestros errores y aciertos, y tengamos la generosidad y la confianza para compartir nuestras dudas y nuestras aportaciones.